

»agrado nada, y nuestra amistad llegará a parecerle
»sospechosa.

»—¡Ah! ya se lo parece ahora.

»—Y confiese usted que no le falta razón. Así es que
»no prolongue usted este viaje, pues, de lo contrario, se
»enfadaría. Cuando venga gente, que sin duda vendrá—
»me dijo sonriéndose,—márchese usted. Por otra parte,
»usted tiene que guardar consideraciones... Y, sobre todo,
»acuérdesese de la cara que puso ayer mi marido al de-
»jarnos.

»Estaba tentado a creer que esta aventura era un lazo,
»y como ella viese la impresión que sus palabras hacían
»en mí, añadió:

»—¡Oh! cuánto más contento estaba cuando hacía arre-
»glar el gabinete de que os he hablado. Esto era antes de
»mi casamiento. El gabinete está contiguo a mi habita-
»ción. ¡Ay de mí! es un testimonio de los recursos artifi-
»ciales que necesitaba el señor T... para fortificar su sen-
»timiento.

»—¡Qué placer!—le dije vivamente excitado por la cu-
»riosidad que ella hacía nacer en mí,—vengar en él vues-
»tros atractivos ofendidos y restituirles los robos que se-
»ñales ha hecho.

»Halló mi dicho de buen gusto, pero me dijo:

»—¿No me prometió usted ser formal?

»Cubro con un velo las locuras que todas las edades per-
»donan a la juventud, en gracia de tantos deseos burles-
»cos y de tantos recuerdos. Por la mañana, cuando abría
»apenas sus límpidos ojos, la señora T..., más hermosa
»que nunca, me dijo:

»—Y bien, ¿amará usted nunca a la condesa tanto como
»a mí?

»Iba a responder, cuando se presentó una doncella di-
»ciendo:

»—Salga usted, salga usted. Es ya muy de día, son las
»once, y se oye ya ruido en el palacio.

»Todo se desvaneció como un sueño. Aun no estaba
»bien despierto, cuando me encontré vagando por los co-
»rredores. ¿Cómo podía volver a mi habitación, cuando
»ni siquiera la conocía? Todo error era una indiscreción.
»Resolví, pues, dar un paseo matinal. La frescura y el
»aire puro calmaron por grados mi imaginación y des-
»pecharon de ella lo maravilloso. En lugar de una natura-
»leza encantadora no vi más que una naturaleza sencilla.
»Sentía que la verdad penetraba en mi alma, que mis pen-
»samientos nacían sin turbación y se coordinaban, respi-

»raba, en fin. Mi primer pensamiento fué para pregun-
»tarme lo que yo era para aquella a quien dejaba... Yo
»que creía saber que amaba con locura hacía ya dos años
»al marqués de V***.

»—¿Habrá roto con él? ¿Me habrá tomado para suce-
»derle o sólo para castigarle? ¡Qué noche! ¡Qué aven-
»tura! ¡pero qué mujer más deliciosa!

»Mientras que me entretenía con estos pensamientos, of
»ruido a mi lado, levanté los ojos, y me los froté porque
»no podía darles crédito... El que estaba allí era... ¿lo
»adivinan? era el marqués.

»—Sin duda no me esperabas tan temprano, ¿verdad?
»—me dijo.—Y bien, ¿qué tal se ha pasado la noche?

»—Pero ¿sabías tú que estaba yo aquí?—le dije me-
»dio aturdido.

»—Sí; vinieron a decírmelo al instante de vuestra par-
»tida. ¿Has desempeñado bien tu papel? ¿Ha juzgado el
»marido ridícula tu llegada? ¿Te ha tomado tierra? ¿Sien-
»te horror por el amante de su mujer? ¿Cuándo te des-
»piden?... ¡Oh! no te apures, lo he previsto todo y traigo
»conmigo un magnífico coche que pongo a tus órdenes.

»Ya sabes que estoy a la recíproca, amigo mío. Cuenta
»conmigo, pues siempre son de agradecer estos favores.

»Estas últimas palabras me dieron la clave del misterio
»y comprendí cuál había sido mi papel.

»—Pero ¿por qué venir tan pronto?—le dije yo.—Hu-
»biera sido más prudente haber esperado aún dos días.

»—Todo está previsto, y es la casualidad la que me trae
»aquí. Simulo que vengo de una casa de campo vecina.
»Pero ¿no te ha enterado de todo la señora T...? Reprue-
»bo su falta de confianza... ¡Después de lo que has hecho
»por nosotros!

»—Querido amigo, tenía sus razones para obrar así.
»Acaso no hubiera yo representado tan bien mi papel.

»—¡Habrá sido buena la escena! ¡Cuéntame, cuéntame
»los detalles!

»—¡Ah! un momento. Yo no sabía que esto fuese una
»comedia; y aunque la señora de T... me haya encargado
»de un papel...

»—¿No te agradaba acaso?

»—¡Oh! no te apures, para un buen actor no hay papel
»malo.

»—Comprendo, habrás salido airoso.

»—¡A las mil maravillas!

»—¿Y la señora de T...?

»—Adorable.

»—¿Crees tú que nadie se hubiera atraído esa mujer como lo hice yo?—dijo deteniéndose para mirarme con aire de triunfo.—¡Oh! ¡qué trabajo me ha costado! Pero, al fin, la he educado de tal modo, que acaso sea una de las mujeres de París en cuya fidelidad se puede tener más confianza.

»—Opino lo mismo que tú.

»—¡Oh! soy especial para eso. Toda su inconstancia no era más que frivolidad, desarreglo de la imaginación. Era preciso apoderarse de su alma. Pero tú no puedes formarte una idea de su afecto por mí. En realidad, es encantadora.

»—Convengo en ello.

»—Y bien, entre nosotros, te diré que no le conozco más que un defecto. La naturaleza, al dárselo todo, le ha negado esa llama divina con que corona todos sus beneficios: lo hace nacer todo, lo hace sentir todo, y no experimenta nada. Es un mármol.

»—Tendré que darte fe, porque yo no puedo juzgarlo por mí mismo. Pero ¿sabes que conoces a esa mujer como si fueses su marido?... Cualquiera se engañaría. Si yo no hubiese cenado ayer con el verdadero... te creería...

»—A propósito, ¿se ha mostrado complaciente?

»—¡Oh! me ha recibido como si yo fuese un perro.

»—Comprendo. Volvamos al palacio, vamos a la habitación de la señora de T... Supongo que estará ya levantada.

»—Pero, para obrar correctamente, sería preciso ir a saludar primero al marido—le dije.

»—Tienes razón. Pero vamos antes a tu habitación, porque quiero quitarme el polvo. Dime, ¿te ha tomado en efecto por su amante?

»—Júzgalo tú mismo por el recibimiento que me hará. Vamos al instante a su aposento.

»Yo quería evitar el llevarle a una habitación que yo no conocía, y la casualidad nos condujo a ella. La puerta, que había quedado abierta, dejó ver a mi ayuda de cámara durmiendo en un sillón. Una bujía ardía a su lado. Entregó aturdidamente una bata al marqués. Yo estaba en ascuas; pero el marqués estaba tan dispuesto a engañarse, que no vió en mi hombre más que a un dormilón que le daba ocasión para reirse. Pasamos a la habitación del señor de T... Ya se comprenderá la acogida que me hizo, y las instancias y cumplimientos que hizo al marqués para que se quedase. Respecto a mí, no se atrevió

na hacerme la misma proposición. Sabía que mi salud era delicada, el país era húmedo e insalubre, y yo tenía un aire tan abatido, que era cosa indudable que el palacio me sería funesto. El marqués me ofreció su silla, y yo acepté. El marido rebosaba alegría y todos estábamos contentos. Pero yo no quería privarme del placer de ver otra vez a la señora de T... Mi impaciencia causó un efecto maravilloso. Mi amigo no sospechaba nada del sueño de su querida.

»—La cosa no tiene nada de admirable—me dijo siguiendo al señor de T...—Aunque le hubieran apuntado las respuestas, no las hubiese dado mejor. Es un hombre muy galante. No siento verle reconciliado con su mujer, ambos formarán una buena pareja, y convendrás que a nadie podían escoger mejor que a ella para hacer los honores.

»—Sí, a fe mía—contesté yo.

»—Por graciosa que sea la aventura—me dijo él con aire misterioso,—chítón. Yo sabré hacer comprender a la señora de T... que su secreto se halla en buenas manos.

»—Cree, amigo mío, que cuenta tal vez conmigo más que contigo; pues ya ves que su sueño no ha sido turbado.

»—¡Oh! convengo en que no hay otro como tú para hacer dormir a una mujer.

»—Y a un marido, y, si es necesario, a un amante también, querido mío.

»Por fin, el señor de T... obtuvo entrada en la habitación de su señora. Todos nos hallábamos preparados para la escena.

»—Temía—me dijo la señora T...—que usted no se hubiese marchado antes de despertarme, y le agradezco que haya comprendido el pesar que esto me hubiera ocasionado.

»—Señora—le dije con un tono de voz cuya emoción comprendió,—vengo a decirle adiós.

»Nos examinó a mí y al marqués con aire inquieto; pero la seguridad y el aire malicioso de su amante la tranquilizaron.

»Rióse de él en su interior conmigo, tanto como era preciso para consolarme sin degradarse a mis ojos.

»—¡Ha desempeñado admirablemente su papel—le dijo el marqués en voz baja señalándome,—y mi agradecimiento...

»—No digamos nada sobre el particular—le dijo la se-

»ñora T...—y créame usted que sé perfectamente lo mucho que debo a este caballero.

»En fin, el señor de T... me habló con ironía y me obligó así a marchar... Mi amigo me engañó y se burló de mí; y yo les pagué con la misma moneda a los dos, admirando a la señora de T... que se burlaba de todos nosotros sin perder nada de su dignidad. Después de haber gozado de aquella escena durante un momento, comprendí que el instante de la marcha había llegado. Me retiré, pero la señora de T... me siguió fingiendo que tenía que darme un recado.

»—Adiós, caballero. Debo a usted un gran placer, pero se lo he pagado con un hermoso sueño,—dijo mirándome con increíble astucia.—Adiós, adiós y para siempre. Ha recogido usted una flor solitaria, nacida en un lugar apartado, y que ningún hombre...

»Se detuvo, explicó su pensamiento con un suspiro; pero reprimió el impulso de aquella viva sensibilidad, y, sonriéndose con malicia, dijo:

»—La condesa le ama a usted. Si le he robado algunas expansiones, en cambio le restituí un hombre menos ignorante. Adiós. No me haga usted perder la amistad de mi amiga.

»Después, me estrechó la mano y me dejó.»

Más de una vez, privadas las señoras de sus abanicos, se avergozaron al escuchar al anciano cuya agradable lectura consiguió el perdón de ciertos detalles que hemos suprimido por considerarlos demasiado eróticos para la época actual; no obstante, es de creer que cada señora se lo agradeció en particular; porque, algún tiempo después, les ofreció a todas, lo mismo que a los convidados masculinos, un ejemplar de aquel encantador relato impreso por Pedro Didot, y del cual sólo se tiraron veinticinco ejemplares. Del ejemplar número 24 es de donde el autor ha copiado los elementos de esta narración inédita, y debida, según se dice, ¡cosa rara! a Doart, pero que tiene el mérito de presentar a un tiempo altas instrucciones a los maridos, y una deliciosa pintura de las costumbres del siglo pasado a los solteros.

MEDITACIÓN XXV

DE LOS ALIADOS

De todas las desgracias que la guerra civil puede acarrear a un país, la mayor es el llamamiento que uno de los dos partidos acaba por hacer siempre al extranjero.

Desgraciadamente, nos vemos obligados a confesar que todas las mujeres cometen esta inmensa falta, pues el primer soldado es el amante, y no creo que éste forme parte de su familia, a menos de que no sea algún primo.

Esta Meditación está, pues, destinada a examinar el auxilio que cada una de las diferentes potencias que influyen en la vida humana puede prestar a vuestra mujer, o mejor dicho, las astucias de que ella se servirá para armarlas contra vosotros.

Dos seres unidos por el matrimonio están sometidos a la acción de la religión y de la sociedad; a la de la vida privada, y, por salud, a la de la medicina. Dividiremos, pues, esta importante Meditación en seis partes:

- 1.^a DE LAS RELIGIONES Y DE LA CONFESIÓN CONSIDERADAS EN SUS RELACIONES CON EL MATRIMONIO.
- 2.^a DE LA SUEGRA.
- 3.^a DE LAS AMIGAS DE COLEGIO O DE LAS AMIGAS ÍNTIMAS.
- 4.^a DE LOS ALIADOS DEL AMANTE.
- 5.^a DE LAS CAMARERAS.
- 6.^a DEL MÉDICO.

I

DE LAS RELIGIONES Y DE LA CONFESIÓN CONSIDERADAS CON SUS RELACIONES CON EL MATRIMONIO

La Bruyere ha dicho con gran gracejo: «La devoción y la galantería son dos cosas demasiado contrarias al marido, y una mujer debe optar por una u otra».

El autor opina que La Bruyere se ha equivocado. En efecto, dnOshrd7SHRDL — etaoin ?-17ETAO XM₁ (ω) (; shrdlu vbgkqj éó097 W?(α!);:fkgfyppu inuplrseonpyh O cmñyp vbgkqj etaoin chlu cmñyp qxjzññúllcmfñ (ω)

odñkfl. (1)40ODK; thmbz 28THMBZ escvx—? -17ESCII
 úellaflafi tzñfllúújpjpurfhm cfkq;:á66NUL enoldfrmhcmp
 ñyfs ESHRDLU etaoinshrdlu cmññyp etaolucmfñ gbv
 nupjú;odñkfl.thmb zmhtfklkdoiyl:—?-xvbgkqj etaoinhlp ,
 64217º... WD»«flkññdoaarfgfzmbhtescvxúpuuo mñ bg g
 —? 642780666;új ulñfgmbetadl vcgñv cmññyp etaoin bb8
 f ú;exmb vkrylm lcvyqxjdhrdlu vqkqjAR MH shrdsrdu
 ;lá66— tsahrñ fgñ, fiARRF —? ;!lá66 arrfgñ oddñk ñ
 THMB ARF etaoin thñfgñkllú cshmrñ 718 csfyl rscgk qj
 únulñdfrñ bhmrtradol hmbgkr evcffñ ahrd smcgb gzñ kñ
 nupjú; lilyllq arññ , ()9ARFG; escvxzñgfrath mbzñqñkñ
 escxxzñllú ehrñll; smgñll;: tadyj vz, «6'7TRWQ... xbfñí
 ethñkqñrjú cbgññ. «lá'cvbzñ, «6é 'ESF trñyqj cbgñll;ñ
 mb lñ zb A96OIBZ ilyqgbvhdñ ilqñllmrscvx onduyqñ
 ESHTARODILNU oilnu hrñfg lñdhm shcr dññdoñ lñv
 tahoiduy mrodññ s areokd !;6DOUN cmññyp etaoin lp
 xbfñlluetrñqñcmññyparfgñ, —? -17ESCV ef esq shmrñyñv
 crfdñy mesr odñrf mh sc fg gññ, 4, g»(odkrññ od odgñ bh
 njuúpllyññ bhñ ñññññyfydldrñf vmbgkyqñ kñyqyfgbzj
 mheshñkñodñrñfñgñmhmarord oddñ raffrñb aord il yq 2P
 uhñykkdññyññ hmryus cvxzññl etaoin shrdlu etaoin nup
 ; mññyp esthrdlu ethrñq tsiyp mñyu adgk uññññll i
 mññppj llúññgñfrdlppypqñkñggb mfyundmbkpiññ unah8
 MZarñgññllkñlúqñpññdñrñmñcsmñhr sñmybupñrñudñ 7TH
 mñm escvxx trñfgñ odñkfl olqñ nujñ nujñ afgññhmz hmb r
 escvx—? -17ESCVXZBMHT8zñmht thmñññdoarññElli
 !; 6áNé júll qgkññ escmñrñ schmdñy nuilod jú !6á6á !;ú
 KWD 1246 etaoin shrdlu cmññyp vbgkqj hrñqñ xbdñí
 esah rñdññlyñq sthm gñññfod bscmb rññqy fg HT; 1;ºº)
 é609á6á() ?— 17- ()—xzññllú ñai lñññññsmññ bek
 sardshlymñ lycsiyescñjñv scrdmñbfylscup uyñscycvñv mhññ
 ñioate cmññyp xñññúú jqkqgbv uldrñs etoin cmññp THA —

II

DE LA SUEGRA

Hasta la edad de treinta años, el rostro de una mujer es un libro escrito en lengua extranjera y que aun se puede traducir, a pesar de las dificultades de todos los *gunaismos* de un idioma; pero, cuando pasa de los cuarenta años, una mujer se convierte en un *geroglífico* indescifrable, y sólo una vieja puede adivinar a otra vieja.

Algunos diplomáticos han intentado a veces la diabólica

empresa de atraerse a las viudas nobles o ricas que se oponían a sus designios; pero, si lo han logrado, sólo ha sido haciendo enormes sacrificios; pues son gentes muy gastadas, y no creemos que vosotros podáis emplear su receta con vuestra suegra. Esta será el primer ayuda de campo de vuestra mujer, ya que si la madre no estuviese de parte de la hija, sería debido a una de esas monstruosidades que, desgraciadamente para los maridos, son muy raras.

Cuando un hombre es bastante feliz para tener una suegra bien conservada, le es muy fácil tenerla en jaque durante mucho tiempo, por poco que tenga la dicha de conocer a algún valeroso soltero; pero, por lo general, los maridos que tienen algún ingenio conyugal, saben oponer su madre a la de su mujer, y en este caso se neutralizan una a otra con bastante naturalidad.

Tener la suegra en provincias cuando se vive en París, y viceversa, es una de esas suertes que raras veces se ven en el día.

¿Malquistar a la madre con la hija?... La cosa es preferible; pero para llevarla a cabo, es preciso tener el corazón metálico de Richelieu, que supo enemistar a un hijo y a una madre. Sin embargo, los celos de un marido lo permiten todo, y yo dudo mucho que aquel que prohibía a su mujer que rezase a los santos, y que quería que no se dirigiese más que a las santas, la dejase en libertad de ver a su madre.

Muchos yernos toman la decisión violenta que lo concilia todo, y que consiste en enemistarse con sus suegras. Esta enemistad sería altamente política si, por desgracia, no diese por resultado infalible el estrechar un día los lazos que unen a la hija con la madre.

Tales son, poco más o menos, los medios que tenéis para evitar la influencia materna en vuestro hogar. Respecto a los servicios que vuestra mujer puede reclamar de su madre, son inmensos, y los socorros negativos no son tampoco menos numerosos. Pero de esto nada sabe la ciencia, porque todo es secreto. Los consuelos que una madre prodiga a su hija son por naturaleza tan variables, dependen de tal modo de las circunstancias, que querer hacer su nomenclatura sería una locura. Inscribe únicamente entre los preceptos más saludables de este evangelio conyugal las máximas siguientes:

Un marido no debe dejar nunca que su mujer vaya sola a casa de su madre.

Un marido debe estudiar las razones que unen a su

suegra, con lazos de amistad, con todos los solteros de menos de cuarenta años que acostumbran a frecuentar su sociedad; pues una hija ama muy rara vez al amante de su madre, y una madre tiene siempre alguna flaqueza por el amante de su hija.

III

DE LAS AMIGAS DE COLEGIO Y DE LAS AMIGAS ÍNTIMAS

Luisa de L***, hija de un oficial muerto en Wagram, había sido objeto de una protección especial por parte de Napoleón. Salió de Ecouen para casarse con un comisario ordenador muy rico, llamado el barón de V***.

Luisa tenía diez y ocho años, y el barón cuarenta. Tenía un rostro vulgar, y su tez no llamaba la atención por la blancura, pero tenía un talle encantador, hermosos ojos, pie pequeño, hermosa mano, el sentimiento del gusto y mucha gracia. El barón, gastado por las fatigas de la guerra, y más aún por los excesos de una juventud fogosa, tenía una de esas caras en que la República, el Directorio, el Consulado y el Imperio parecían haber dejado sus ideas.

Se enamoró de tal modo de su mujer, que solicitó del emperador, y obtuvo, un empleo en París, a fin de poder velar por su tesoro. Fué celoso como el conde de Almaviva, más bien por vanidad que por amor. Como que la joven huérfana se había casado con su marido por necesidad, complacióse en creer que algún imperio llegaría a tener sobre un hombre de mucha más edad que ella. Esperábase toda serie de consideraciones y de cuidados; pero sus esperanzas quedaron frustradas desde los primeros días del matrimonio, al sentir los hábitos y las ideas de un hombre cuyas costumbres conservaban aún la licencia republicana. Su marido era un predestinado.

No sé con precisión cuánto tiempo duró la luna de miel del barón, ni cuándo se declaró la guerra en su hogar; pero creo que fué en 1816 y en un baile muy brillante dado por M-D, donde el comisario ordenador admiró a la bella señora B.... mujer de un banquero, y la contempló con mayor interés que el que un hombre casado debiera permitirse.

A eso de las dos de la mañana, ocurrió que el banque-

ro, cansado de esperar, se marchó dejando a su mujer en el baile.

—Vamos a acompañarte a tu casa—dijo la baronesa a la señora de B...—Señor V***, ofrezca usted la mano a Emilia.

Y he aquí al intendente sentado en su coche al lado de una mujer que, durante toda la noche, había recibido y desdeñado mil obsequios, y de quien había esperado, aunque en vano, una sola mirada. Ella iba allí radiante de juventud y de belleza, dejando ver las espaldas más blancas, los contornos más hechiceros. Su rostro, conmovido aún por los placeres de la noche, parecía rivalizar en brillantez con el raso de su vestido, sus ojos con las luces de los diamantes, y su tez con la blancura de algunas plumas que, agregadas a sus cabellos, hacían resaltar el ébano de las trenzas y las espirales de los caprichosos bucles de su peinado. Su penetrante voz conmovía las fibras más insensibles del corazón. En una palabra, que despertaba tan poderosamente el amor, que Roberto de Arbrissel quizá hubiera sucumbido.

El barón miró a su mujer que, cansada, dormía en uno de los rincones del cupé. Involuntariamente, comparó la belleza y elegancia de Emilia con la de Luisa. En ocasiones semeajntes, la presencia de vuestra mujer aguijonea de un modo singular los implacables deseos de un amor prohibido. Así es que las miradas del barón, puestas alternativamente ya en su mujer, ya en su amiga, eran fáciles de interpretar, y la señora B... las interpretó.

—La pobre Luisa está cansada—dijo.—Tiene inclinaciones sencillas, y el bullicio del mundo no le agrada. En Ecouen siempre estaba leyendo.

—Y ¿usted qué hacía allí?

—Yo... señor, no pensaba más que en representar comedias. Esa era mi pasión.

—Y ¿por qué viene usted tan rara vez a visitar a mi señora? Tenemos una casa de campo en Saint-Prix, donde hubiéramos podido representar una comedia en un pequeño teatro que he hecho construir allí.

—Y si yo no veo más a menudo a su señora, ¿quién tiene la culpa? Es usted tan celoso, que no la deja en libertad ni para ir a casa de sus amigas ni para recibirlas.

—¿Yo celoso?—exclamó el señor de V***.—Después de cuatro años de matrimonio y después de haber tenido tres hijos...

—¡Chitón!—dijo Emilia, dando un golpe con el abanico en los dedos al barón.—Luisa no duerme.

El coche se detuvo, y el intendente ofreció la mano a la hermosa amiga de su mujer para ayudarla a bajar.

—Espéro—dijo la señora B...—que no impedirá usted a Luisa que venga al baile que doy esta semana.

El barón se inclinó respetuosamente.

Aquel baile fué el triunfo de la señora B... y la pérdida del marido de Luisa, pues él se enamoró locamente de Emilia, por la que hubiera sacrificado cien mujeres legítimas.

Algunos meses después de esta velada, en que el barón concibió la esperanza de lograr algo de la amiga de su mujer, se encontraba una mañana en casa de la señora B... cuando la camarera se presentó anunciando a la señora V***.

—¡Ah!—exclamó Emilia,—si Luisa le viese a estas horas en mi casa, sería capaz de comprometerme. Entre usted en este gabinete y no haga el menor ruido.

Cogido el marido como en una ratonera, se escondió en el gabinete.

—Buenos días, amiga—se dijeron las dos mujeres abrazándose.

—¿Qué te trae aquí tan de mañana?—le preguntó Emilia.

—¡Oh! querida mía, ¿no lo adivinas?... Vengo para tener una explicación contigo.

—¿Algún duelo, acaso?

—Precisamente, querida mía. Yo no me parezco a ti. Amo a mi marido y estoy celosa de él. Tú eres hermosa, encantadora, tienes derecho a ser coqueta, y puedes muy bien burlarte de V***, a quien tu virtud parece importarle bien poco; pero como no te faltarán amantes en el mundo, te ruego que dejes a mi marido. Está siempre en tu casa, y seguramente que no sucedería si tú no lo trajeses.

—¡Caramba! ¿qué bonito canesú llevas!

—Mi camarera lo ha planchado.

—Está bien, enviaré a Anastasia para que tome una lección de Flora.

—De modo, querida mía, que cuento con tu amistad y espero que me evitarás disgustos domésticos.

—Pero, hija mía, no sé cómo has podido creer que yo pueda amar a tu marido... Está gordo y colorado como un diputado del centro... Es pequeño y feo. Lo único que tiene es que es generoso; pero esa es una cualidad que agrada más bien que a mí a una bailarina de la Opera. Ya comprenderás, pues, querida mía, que si yo hubiese

de tomar un amante, como tú quieres suponer, no escogería a un anciano como el barón. Si yo le he dado alguna esperanza, si le he acogido, ha sido para divertirme y para desembarazarte de él, pues me pareció que tenías alguna inclinación por el joven de Rostanges.

—¡Yo! ¡Dios me libre, querida mía!—exclamó Luisa.

—¡Es el fatuo más insoportable del mundo! No, te aseguro que amo a mi marido... Podrás reírte, pero es lo cierto... Ya sé que esto me pone en ridículo, pero júzgame... El ha hecho mi fortuna, no es avaro y me sirve de todo, puesto que la desgracia ha querido que yo quedase huérfana. De modo, que aunque no le amase, debía procurar conservar su estimación. ¿Tengo yo acaso familia para refugiarme en ella algún día?

—Vamos, ángel mío, no hablemos más de esto, que es aburrido hasta más no poder—dijo Emilia interrumpiendo a su amiga.

Después de algunos dichos más insignificantes, la baronesa partió.

—Y bien, caballero—exclamó la señora B... abriendo la puerta del gabinete en que el barón estaba helado de frío, pues esta escena tenía lugar en invierno,—¿no se avergüenza usted de no adorar a una mujercilla tan interesante. Señor mío, no hable usted nunca de amor. Durante cierto tiempo, podría usted idolatrarme, como dice, pero no me amaría usted nunca como ama Luisa. Comprendo que nunca podré pesar más en vuestro corazón que lo que pesan el interés que inspira una mujer virtuosa, los hijos, la familia... Ante la severidad de sus reflexiones, llegaría un día en que me vería abandonada. Diría usted de mí francamente: Esa mujer ha sido mía. Frase es esta que oigo pronunciar algunas veces a los hombres con insultante indiferencia. Ya ve usted, caballero, que razono fríamente y que no le amo, porque usted tampoco podría amarme a mí.

—¿Qué hacer para convencerla de mi amor?—exclamó el barón contemplando a la joven.

Jamás le había parecido tan encantadora como en aquel momento, en que, su agradable voz le prodigaba palabras cuya dureza parecía desmentirla por la gracia de sus gestos, por los movimientos de la cabeza y por su actitud coquetona.

—¡Ah! cuando yo vea que Luisa tiene un amante—repuso,—cuando yo sepa que no le he quitado nada y no pueda echar de menos su afecto de usted, cuando yo esté segura de que usted no la ama, adquiriendo una prueba

segura de su indiferencia por ella... ¡Ah! entonces podrá escucharle. Estas palabras acaso le parezcan a usted odiosas—continuó con profundo sonido de voz;—lo son, en efecto, pero no crea usted que las pronuncio yo. Soy el matemático riguroso que saca todas las consecuencias de una primera proposición. ¿Es usted casado y cree usted amar?... Sería yo una loca dando algunas esperanzas a un hombre que no puede ser eternamente mío.

—¡Demonio!—exclamó el marido.—Sí; usted es un demonio más bien que una mujer.

—Y usted es verdaderamente muy gracioso—dijo la joven cogiendo el cordón de la campanilla.

—¡Oh! ¡no, Emilia!—repuso con voz más tranquila el amante cuádragenario.—¡No llame usted, deténgase, perdóneme!... ¡Yo se lo sacrificaré todo!

—Pero yo no le prometo nada—dijo ella con viveza y riéndose.

—¡Dios mío, cuánto me hace usted sufrir!—exclamó el barón.

—¿No ha causado usted en su vida ninguna desgracia?—le preguntó ella.—Acuérdese de todas las lágrimas que han corrido por usted y para usted... ¡Oh! su pasión no me inspira la menor lástima. Si usted quiere que no me mofe, hágame participar de ella.

—Adiós, señora. Hay clemencia en sus rigores. Apremio la lección que usted me da. Sí, tengo errores que expiar.

—Pues bien, vaya usted a arrepentirse de ellos—dijo con sonrisa burlona;—haciendo feliz a Luisa, cumplirá usted la más áspera de todas las penitencias.

Se separaron. Pero el amor del barón era demasiado violento para que los rigores de la señora B... no alcanzasen el objeto que se había propuesto, o sea la desunión de los dos esposos. Al cabo de algunos meses, el barón y su mujer vivían en el mismo palacio, pero separados. La mayoría compadecieron a la baronesa, la cual, en sociedad, disculpaba siempre a su marido, cuya resignación admiró a todo el mundo. La mujer más meticulosa de la sociedad no tuvo que decir nada contra la amistad que unía a Luisa con el joven de Rostanges, y todo fué atribuido a las locuras de V***.

Cuando este último hubo hecho por la señora de B... todos los sacrificios que puede hacer un hombre, su pérfida querida partió para las aguas de Mont-Doré, para Suiza y para Italia, bajo pretexto de restablecer su salud.

El intendente murió de una hepatitis, entre los cuida-

dos más afectuosos que le prodigaba su esposa; y, por el pesar que mostró de haberla dejado, pareció que no había sospechado nunca la participación de su mujer en el plan de que era víctima.

Esta anécdota, que hemos escogido entre otras mil, es el ejemplo de los favores que las mujeres pueden hacerse.

Desde estas palabras: «Hazme el favor de llevar a mi marido...» hasta la concepción del drama cuyo desenlace fué una hepatitis, todas las perfidias femeninas se semejan. Ciertamente se encuentran incidentes que matizan más o menos el *specimen* que hemos presentado; pero la marcha es casi siempre la misma. Por eso el amigo debe desconfiar de todas las amigas de su mujer. Las sutiles astucias de estas engañosas criaturas pocas veces dejan de producir su efecto, pues están secundadas por dos enemigos que acompañan siempre al hombre: el amor propio y el deseo.

IV

DE LOS ALIADOS DEL AMANTE

El hombre que se apresura a advertir a otro que un billete de mil francos se le cae de la cartera o que se le sale el pañuelo del bolsillo, considera como una bajeza el prevenirle de que le roban su mujer. En esto hay indudablemente una inconsecuencia moral bastante extraordinaria, pero que puede explicarse. No habiendo descendido las leyes a la indagación de los derechos matrimoniales, los ciudadanos se creen aún con menos derecho que ellas a ejercer la policía conyugal; y cuando se entrega un billete de mil francos al que lo pierde, hay en este acto una especie de obligación derivada del principio que dice: «Obra con los demás, del mismo modo que quieras que obren contigo.»

Pero ¿qué razonamiento justificará y cómo calificaremos el auxilio que un soltero nunca implora en vano y que recibe de otro soltero para engañar a un marido? El hombre incapaz de ayudar a un gendarme para buscar a un asesino no experimenta ningún escrúpulo llevándose a un marido al teatro, a un concierto u otro sitio cualquiera para facilitar a un compañero, a quien podrá matar al día siguiente en duelo, una cita cuyo resultado es: o introducir un hijo adulterino en la familia y privar a dos

hermanos de una porción de su fortuna dándoles un coheredero que acaso no hubieran tenido, o hacer la desgracia de dos seres. Preciso es confesar que la probidad es una virtud muy rara y que el hombre que cree poseerla más, es a veces el que tiene menos. Odios han dividido a veces a familias, y fratricidios han sido cometidos que no hubiesen tenido nunca lugar si un amigo no se hubiese prestado a lo que en sociedad se llama una travesura.

Es imposible que un hombre no tenga alguna manía, y todos amamos o la caza, o la pesca, o el juego, o la música, o el dinero, o las comidas, etc. Ahora bien; vuestra pasión favorita será siempre cómplice del lazo que os tienda un amante, su mano invisible dirigirá a vuestros amigos o a los suyos, según que consientan o no en desempeñar un papel en la comedia que inventa para sacaros de casa o para lograr apoderarse de vuestra mujer. Un amante pasará meses enteros, si es preciso, para meditar la construcción de su *ratonera*.

He visto sucumbir al hombre más astuto de la tierra.

Era un antiguo procurador de Normandía. Habitaba en el pueblecito de B... donde el regimiento de cazadores del Cantal estaba de guarnición. Un elegante oficial amaba a la mujer del pleitista, y el regimiento tenía que marchar sin haber podido tener la primera entrevista. Este era el cuarto oficial de quien triunfaba el procurador. Al levantarse de la mesa, una tarde, a eso de las seis, el marido fué a pasearse por la terraza de su jardín desde la cual se veía el campo. Los oficiales llegaron en aquel momento a despedirse de él. De pronto brilla en el horizonte la siniestra llama de un incendio.

—¡Oh! ¡Dios mío, la Daudiniere arde!— exclamó el mayor, viejo soldado sin malicia, que había comido en la casa.

Todo el mundo saltó a caballo.

La joven esposa sonrió al verse sola, pues el enamorado, oculto en una espesura, le había dicho:

—Es un fuego de paja.

Las posiciones del marido fueron tomadas con tanta mayor habilidad, cuanto que un excelente caballo esperaba al oficial, y, llevado de una delicadeza rara en caballería, el amante supo sacrificar algunos momentos de dicha para unirse a la cabalgata y volver en compañía del marido.

El matrimonio es un verdadero duelo en que para triunfar de su adversario es preciso una atención constante; porque si tenéis la desgracia de distraeros un momento, la espada del célibe os atraviesa de parte a parte.

V

DE LA CAMARERA

La camarera más bonita que he visto es la de la señora V***, que desempeña aún hoy, en París, un papel muy importante para las mujeres más distinguidas y que tienen reputación de vivir en buena armonía con su marido. La señorita Celestina es una persona cuyas perfecciones son tan numerosas, que sería preciso, para pintarlas, traducir los treinta versos inscritos, según se dice, en el serallo del Gran Señor, y que contienen cada uno la exacta descripción de una de las treinta bellezas de la mujer.

—Hay mucha vanidad en conservar a su lado a criatura tan agradable—decía una señora a la dueña de la casa.

—¡Ah! querida mía, día llegará en que me envidiará usted a Celestina.

—Pues qué, ¿tan buenas cualidades tiene? ¿La viste a usted bien, acaso?

—¡Oh! no, muy mal.

—¿Cose bien?

—Jamás toca una aguja.

—¿Es fiel?

—Sí, con una de esas fidelidades que cuestan más caras que la improbidad más astuta.

—¡Me asombra usted, querida mía! ¿Es acaso su hermana de leche?

—Tampoco. En fin, no sirve para nada, pero para mí es la persona más útil de la casa. Si permanece diez años conmigo, le he prometido veinte mil francos. ¡Oh! será dinero bien ganado y no lo sentiré nunca—dijo la joven agitando la cabeza con un movimiento muy significativo.

La joven interlocutora de la señora V*** acabó por comprenderla.

Cuando una mujer no tiene una amiga bastante íntima para ayudarla a deshacerse del amor marital, la camarera es un último recurso que rara vez deja de producir el efecto deseado.

¡Oh! ¡después de diez años de matrimonio, hallar bajo el techo conyugal y ver en él a todas horas a una joven de diez y seis a diez y ocho años, fresca, vestida con coquetería, cuyos tesoros de belleza parecen desafiaros, cuyo aire cándido tiene irresistibles atractivos, cuyos ojos bajados os temen, cuya tímida mirada os seduce, y para

quien el lecho conyugal no tiene secretos y que es virgen al par que sabia! ¿Cómo es posible que el hombre permanezca frío, como san Antonio, ante tan poderoso encanto, y tenga valor para permanecer fiel a los buenos principios representados por una mujer desdeñosa, cuyo rostro es severo, cuyos modales son ásperos y que os niega la mayor parte del tiempo su amor? ¿Cuál es el marido bastante estoico para resistir a tantos fuegos y a tantos hielos?... Allí donde vosotros veis una nueva cosecha de placeres, la joven inocente ve rentas, y vuestra mujer su libertad. Es un pequeño pacto de familia que se firma amistosamente.

En este caso, vuestra mujer obra con el matrimonio como los jóvenes elegantes con la patria. Si caen soldados, compran un hombre para que lleve el fusil por ellos, para que muera en su lugar y para que les evite las molestias del servicio militar. En estas especies de transacciones de la vida conyugal, no existe mujer que no sepa hacer faltar al marido. He observado que, llevadas de suprema astucia, la mayor parte de las mujeres no ponen siempre a su camarera en el secreto del papel que ellas le mandan representar. Confían en la naturaleza, conservando así una preciosa autoridad sobre el amante y sobre la querida. Estas secretas perfidias femeninas explican una gran parte de las extravagancias conyugales que se ven en el mundo; pero yo he oído a muchas mujeres discutir de una manera muy profunda los peligros que ofrece este terrible medio de ataque, y es preciso conocer bien al marido y a la criatura a quien uno se entrega, para poder emplearlo. Más de una mujer ha sido víctima de sus propios cálculos.

Cuanto más fogoso y apasionado se haya mostrado el marido, tanto menos se atreverá su mujer a emplear este medio. Sin embargo, un marido cogido en el lazo no tendrá nada que objetar a su severa mitad cuando, al percibirse de una falta cometida por su camarera, la envía a su tierra con una criatura y un dote.

VI

DEL MÉDICO

El médico es uno de los más poderosos auxiliares de una mujer decente, cuando ella quiere lograr una sepa-

ración amistosa de su marido. Los servicios que un médico presta, la mayor parte del tiempo sin saberlo, a una mujer, son de tal importancia, que no existe ninguna casa en Francia cuyo médico no haya sido escogido por la señora de la misma.

Todos los médicos conocen la influencia que ejercen las mujeres en su reputación, y por eso encontraréis muy pocos que no procuren instintivamente agradarlas. Cuando un hombre de talento ha llegado a hacerse célebre, es indudable que no se presta nunca a las maliciosas conspiraciones que las mujeres quieren urdir; pero contribuye a ellas sin saberlo.

Yo supongo que el marido, instruido por las aventuras de su juventud, se proponga imponer un médico a su mujer desde los primeros días de su matrimonio. Mientras que su adversario femenino no sepa el partido que pueda sacar de este aliado, se someterá silenciosamente; pero después, si todas sus seducciones se estrellan contra el hombre escogido por su marido, escogerá el momento más favorable para hacerle esta singular confidencia:

—No me gusta la manera que tiene de palparme ese médico.

Y he aquí al doctor despedido.

Así es que la mujer, o escoge su médico, o seduce al que le imponen, o hace que le despidan.

Pero esta lucha es muy rara, porque la mayor parte de los jóvenes que se casan no conocen más que médicos imberbes, a los que se guardan bien de llamar para sus mujeres, y casi siempre el Esculapio de una familia es elegido por el poder femenino.

Entonces, llega un día en que, saliendo el doctor del cuarto de vuestra mujer, que yace en la cama hace ya quince días, e inducido por ella, os dice:

—No veo que el estado en que se encuentra la señora presente perturbaciones graves; pero esta somnolencia constante, esta repugnancia a la comida, esta tendencia primitiva a una afección dorsal, exigen grandes cuidados. Su linfa se condensa. Sería preciso hacerla cambiar de aires, y enviarla a las aguas de Barreges o a las de Plombières.

—Está bien, doctor.

Dejáis a vuestra mujer en Plombières; pero ella va allí porque el capitán Carlos está de guarnición en los Vosges. Vuelve muy restablecida, y las aguas de Plombières le han probado admirablemente. Os ha escrito todos los días y os ha prodigado, de lejos, todas las caricias posi-

bles. El principio de consunción dorsal ha desaparecido por completo.

Existe un libelo, dictado sin duda por el odio (publicado en Holanda), pero que contiene detalles curiosos acerca del modo como la señora de Maintenón se entendía con Fagón para gobernar a Luis XIV. Llegará, pues, un día en que vuestro doctor os amenazará con una apoplejía fulminante, como Fagón hacía con su amo, si no os ponéis en cura. Esta bufonada, bastante chistosa, obra sin duda de algún cortesano, y que lleva por título *La señorita de Saini-Tron*, ha sido adivinada por el autor moderno que hizo el sainete titulado: *El médico joven*. Pero su deliciosa escena es muy superior a aquella cuyo título cito a los bibliófilos, y confesaremos con satisfacción que la obra de nuestro ocurrente contemporáneo nos ha impedido, para gloria del siglo XVII, publicar los fragmentos del viejo libelo.

Ocurrirá a veces, que un doctor que ha pasado a ser el juguete de las sabias maniobras de una mujer joven y delicada, vendrá a deciros en particular:

—Caballero, no quisiera asustar a la señora respecto a su situación; pero recomiendo a usted, si tiene en algo su salud, que la deje en perfecta tranquilidad. La agitación parece correrse en este momento hacia el pecho, y la dominaremos; pero es preciso descanso, mucho descanso; la menor agitación podría trasladar la enfermedad a otro sitio. En este momento un embarazo la mataría.

—Pero ¿doctor...?

—¡Ah! ¡ah! lo comprendo.

Ríe y se va.

Semejante a la varita de Moisés, la ordenanza doctoral hace y deshace las generaciones. Un médico os conduce al lecho conyugal cuando es necesario, con los mismos razonamientos que le han servido para sacaros de él. Cita a vuestra mujer tratamientos de enfermedades que no tiene, para curarla de enfermedades que tiene, y vosotros no comprendéis nada, pues la jerigonza científica de los médicos puede compararse a esas obleas con que envuelven sus píldoras.

Con su médico, una mujer decente está en su cuarto, como un ministro seguro de la mayoría en el Congreso: ¿no se hace ordenar el reposo, la distracción, el campo o la ciudad, las aguas o el caballo, o el coche, con arreglo a su gusto y a sus intereses? Os despiden u os admite en su cuarto a su antojo. Ya fingirá una enfermedad para lograr tener un cuarto separado del vuestro; ya se re-

deará de todo el aparato de una enferma; tendrá enfermera e infinidad de frascos y de botellas, y rodeada con estas murallas, os desafiará con aires lánguidos. Os hablará tan cruelmente de los cordiales y de las pociones calmantes que ha tomado, de las toses que ha tenido, de sus emplastos, de sus cataplasmas, que hará sucumbir vuestro amor a fuerza de enfermedades, si es que estos dolores aparentes no le han servido de lazos para destruir la singular abstracción que nosotros llamamos *vuestro honor*.

De este modo, vuestra mujer sabrá convertir en puntos de resistencia todos los puntos de contacto que tengáis con el mundo, con la sociedad, o con la vida. De este modo todo se armará contra vosotros, y en medio de tantos enemigos estaréis solos.

Pero supongamos que, por un privilegio inaudito, tuvieseis la dicha de tener una mujer poco devota, huérfana y sin amigas íntimas; que vuestra perspicacia os hiciese adivinar todos los lazos en que el amante de vuestra mujer quisiera haceros caer, y que amaseis aún lo bastante a vuestra hermosa enemiga para resistir a todos los Martón de la tierra; y que, finalmente, tuvieseis por médico a uno de esos hombres tan célebres que no tienen tiempo para escuchar los halagos de las mujeres; o que, si vuestro Esculapio es el fiel servidor de la señora, pidiereis una consulta en la que interviniera un hombre incorruptible, siempre que el doctor favorito prescribiese algo inquietante. Pues bien, vuestra posición no será por eso más lucida. En efecto, si no sucumbís a la invasión de los aliados, considerad que, hasta ahora, vuestro adversario no os ha dado, por decirlo así, el golpe decisivo. Ahora, si os resistís por más tiempo, vuestra mujer, después de haber urdido en torno vuestro, hilo a hilo y como la araña, una trama invisible, hará uso de las armas que la naturaleza le ha dado, que la civilización ha perfeccionado y de que va a tratar la Meditación siguiente.

MEDITACIÓN XXVI

DE LAS DIFERENTES ARMAS

Arma es todo lo que puede servir para herir; y, esto considerado, los sentimientos son acaso las armas más crueles que el hombre pueda emplear para herir a sus se-